

Las Palabras de la Selva

Ana Maria Varea, bióloga experta en temas ambientales, PNUD.

Este libro nos provee de muchísima información respecto al impacto de la explotación petrolera de Texaco, información contundente y sorprendente. Las Palabras de la Selva retumbaron en mi cabeza estas últimas semanas y me conmovieron una y otra vez. En el recorrido que hice leyendo y escuchándolas volví a estar en esos sitios contaminados, a revivir momentos. Compartiré con ustedes una parte de este recorrido, de lo sentido y lo vivido.

El estudio se enfoca en el impacto socio-comunitario generado por la explotación petrolera, a cargo de la Texaco, en la Amazonía, ecuatoriana entre 1964 y 1990. Valorar este impacto, llevó a los investigadores a recorrer comunidades, ríos e historias. La evaluación ambiental incluye el contexto social, y como ellos bien dicen: un impacto social no puede separar la tierra de las personas, el agua de quienes la beben y la biodiversidad del modo de vida de la gente.

El estudio es cualitativo y cuantitativo, se realizaron 1064 encuestas en las zonas afectadas, en 23 parroquias de Orellana y Sucumbíos, en aproximadamente 140 recintos (113 mestizos y 24 comunidades indígenas). Se trabajó con 6 grupos focales, de 4 etnias indígenas: cofán, siona, secoya y kychua y dos correspondientes a comunidades colonas de población mestiza en 17 comunidades.

El trabajo de análisis e investigación es riguroso, metódico y objetivo. Nos permite evidenciar la magnitud del impacto que generó la mala práctica petrolera de la Texaco. Esto se manifiesta a través de los relatos de la gente, el procesamiento de las encuestas, la reconstrucción de la historia en los grupos focales y la revisión bibliográfica. Los datos y las conclusiones son contundentes.

El libro incorpora un componente novedoso, que es el impacto psicosocial y su lectura nos lleva a conocer como vivió la gente con este impacto, cómo eso afectó sus vidas. Tal vez esta conjugación debe hacerse en presente pues muchos de estos impactos aún están allí. Su lectura conmueve, duele y espeluzna.

El libro fue una invitación para sentir Las Palabras de Selva y revivir Las Palabras de la Selva. Yo no soy psicóloga, estudie biología, pero si algo he aprendido con los años, creo que al igual que muchas mujeres, es a reconocer mis sensaciones y sentimientos, a identificarlos y a tratar de canalizarlos y compartirlos. Sensaciones y sentimientos que, por más objetivo que se busque ser en el trabajo, siempre se hacen presentes y creo que es importante no negarlos, ahí está la convicción de lo que hacemos, lo que nos motiva en la vida, nuestro compromiso con las causas que defendemos. Estoy segura, que para quienes estamos hoy aquí, una de esas causas es la Amazonía y su gente.

Leer Las Palabras de la Selva, sumergirme en sus cifras, en las encuestas, en los testimonios de hombres y mujeres, me obligó a regresar a ver, a recoger los pasos, a volver a reconocer esos sentimientos y sensaciones, que esta tragedia ambiental generó. Compartiré con ustedes este recorrido y mientras lo hago, les invito a que cada uno haga su propio recorrido. Identifique como le afecta esta información, que le genera, que sensaciones, que sentimientos se hacen presentes.

Muchas veces entender una vivencia ajena exige un trabajo personal, que talvez, de manera simplista podría decirse que pasa por tratar de “ponerse en los zapatos del otro”. Ejercicio que es necesario para dimensionar la gravedad de la situación, tan bien presentada a través de este libro.

Esta introspección requiere, en primer lugar, ubicar el origen ¿Cómo me vinculé con la Amazonía? Creo que la Amazonía es para quienes no habitamos allí, un símbolo fuerte, que a pesar de ser parte de nuestro imaginario, en muchos casos, es algo lejano. Como ciudadanos, para muchos la selva es remota, salvaje, desligada de nuestras vidas. Realidad, que lastimosamente también ha sido una constante para los diferentes gobiernos de turno parece ser así para las grandes compañías que allí operan.

La relación que establecí con la Amazonía se remonta a mis estudios universitarios en biología. Tiene que ver con descubrir sus detalles, a través de cuadrantes de vegetación, participar en censos florísticos y faunísticos, madrugar

para observar aves e ir a explorar lugares remotos y descubrir animales de la selva en los saladeros, esteros y lugares recónditos. Estudios que nos forzaban a entender y a escuchar, desde una lógica científica, Las palabras de la Selva. Palabras que, cuando lograban descifrarse eran cautivadoras, mágicas y sobrecogedoras. Sobrecogía la majestuosidad de la selva, toda su diversidad y ese verde continuo de vegetación, que sin duda nos conmovía, nos conmueve todavía dónde la selva sobrevive. Las palabras de un secoya nos dicen

Pag. 30: Fue una vida linda, excelente. Teníamos la selva, la fauna limpia, había muchos animales. Vivíamos muy cómodos; sin bulla ni heridas, la selva era un paraíso. En el año 41 no había ningún blanco, solo había selva. Nuestro mercado diario era la selva, había mucha pesca en los ríos. Teníamos extensos territorios por dónde caminábamos, no teníamos límites. No conocíamos lo que eran las enfermedades, no habían gripes. Teníamos muchos rituales y encuentros con los poderes de la selva.

Queda poco de esa imagen de la selva, ya no existe donde estuvo Texaco. Entre un 81 y 96% de la población encuestada señala una afectación grave a la naturaleza, como consecuencia de la actividad petrolera de Texaco, con la afectación de aguas, muertes de animales, rotura de piscinas o quema de crudo.

Continuando con el recorrido que yo hice recuerdo uno de esos viajes, a principios de los 90, un colega me invitó a dar unas charlas en el Colegio Pacífico en Sucumbíos y el fin de semana me llevó a ver la contaminación petrolera. Visitamos varios campos petroleros: sacha, guanta, los tetetes, entre otros.

Esta experiencia sin duda cambió totalmente mi visión de la selva, mis palabras de la Selva, aquellas imágenes maravillosas se convirtieron en imágenes de terror. No podía creer lo que mis ojos veían, no quería creer, me sentí desolada, impotente, la contaminación estaba por todas partes, eran imágenes de muerte, el impacto era tremendo. Me quedé en un rincón sin hablar, tratando de asumir que esas imágenes de terror no eran una película, ahí estaba yo, y peor aún, ahí estaba con la gente que vivía allí. En silencio trataba de asimilar esa realidad y evidenciar esa tragedia. Me alejé por un momento de la gente y no me pude contener, lloré y lloré un buen rato. Las Palabras de la Selva nos dicen que

quienes viven ahí lo hacen a menudo; las encuestas señalan que - *las mujeres que veían los peces muertos lloraban de tristeza, lloran también porque tienen miedo, lloran porque su familia está enferma, lloran porque vivir en riesgo permanente genera ansiedad, inseguridad, preocupación permanente. Yo si lloro porque soy la madre de mis hijos y si me duele bastante y tengo miedo que me digan que mi hijo tiene cáncer y a lo mejor ya no tengamos el dinero suficiente para seguir el tratamiento de toda la familia*, dice una señora.

Todo lo que nosotros trabajamos se va en esa enfermedad y no tenemos nada más, no va a quedar nada para nuestros hijos, ni para más tarde, solo los recuerdos.

Luego del dolor profundo, la rabia se apoderó de mi y empecé a reaccionar, empecé a fotografiar, a recorrer, a preguntar a investigar. Creo que nadie se puede quedar impávido frente a semejante atrocidad. La cantidad de información, estudios investigaciones que se han elaborado, recopilado y publicado respecto a este tema dan cuenta de que la situación preocupa, conmueve, exige acción, lleva a la reacción.

Una semana más tarde regresamos para filmar como se hacía la limpieza de una piscina. Viví otra vez algo estremecedor, los hombres ingresaban directamente en las piscinas llenas de crudo, sin protección alguna. Trabajaban en la limpieza de los derrames para tratar de ganarse el sustento diario. Era absurdo, no tenía ni pies de cabeza, por un lado paleaban el crudo y por el otro este seguía fluyendo hacia el otro lado del estero, el crudo, supuestamente recuperado se enterraba a pocos metros del derrame, dónde era evidente que con la lluvia irían a parar nuevamente al estero. Estaba claro que no se estaba haciendo ningún cambio y menos aún una limpieza. Este trabajo hacía que los hombres acabarían completamente cubiertos de petróleo, quienes, al final de la jornada, para regresar a sus casas, se limpiaban todo el cuerpo con diesel.

Las Palabras de la Selva nos hablan de las condiciones en las que la gente vivía, cerca de los pozos petroleros, al lado de las piscinas llenas de tóxicos y aguas de formación, yendo y viviendo por caminos y carreteras en las se derramaban el crudo, dónde se incendiaban las piscinas con tóxicos, bebiendo y bañándose en

esteros y ríos dónde era evidente que el agua estaba envenenada.

¿Cómo negar este impacto severo, grave, criminal? Las evidencias estaban allí, eran visibles, palpables, cada persona con la que se conversaba decía estar afectada, mostraba sus ronchas en la piel, mostraba que no tenía agua para beber, para lavar la ropa, para cocinar. Relato todo esto en pasado cuando la situación, en muchos casos sigue siendo muy similar y es lo que Las Palabras de la Selva nos cuentan en cada una de sus páginas. Información que causa indignación. Es la información que cada una de las inspecciones ha puesto evidencia, dónde se ha verificado que no ha existido remediación.

Hace algunos años me invitaron a participar en una inspección. Experiencia que puso a flor de piel lo que les acabo de contar y donde evidenciamos que remediación no ha habido. Tal como lo señala un miembro de la comunidad kichua de Rumipamba.

Pag 132 Remediación no ha habido, solo han dejado taponando, han dejado de botar por la vía, pero remediaciones hasta aquí no han limpiado nada, han taponado pero Texaco hasta aquí nada. Taponar es que abren un hueco grande y le ponen palos encima y chatarra y tanques y después con pala les botan la tierra, cuando el agua llega a ese punto, el crudo sigue saliendo. Eso no es remediación, es taponar.

Y volviendo a revivir ese taponamiento, en el que supuestamente se limpiaba y remediaba, en este ejercicio de reflexión, de tratar de ponerme en los zapatos del otro, me pregunté y creo que es importante preguntarnos ¿Cómo viviríamos en nuestra casa si no nos sentimos seguros? ¿Si los accidentes que generan contaminación son permanentes, si estamos expuestos al riesgo y encima de ello, no sabemos la gravedad que este entraña, si se empiezan a presentar problemas reiterativos que deterioran nuestra salud y no sabemos porqué? Cabe anotar, que 9 de cada 10 personas encuestadas no contaron con ninguna información proporcionada por la Texaco sobre los riesgos de la contaminación por petróleo.

Toda la información claramente sustentada, analizada y presentada a través de Las Palabras de la Selva nos muestra que hay un elevado nivel de sufrimiento o

impacto psicológico de las pérdidas, causadas por los accidentes de la mala práctica petrolera, lo que destruyó el hábitat y empeoró sus condiciones de vida. El 65% de los encuestados mostraron sufrimiento o duelo a causa de los accidentes. Yo hoy día me solidarizo con ellos, una vez más, estoy también de duelo. Carlos Pirush, Shuar, ex presidente de Yamanunka expresa su duelo:

Pag. 73: De aquí a 10 – 15 años nuestra nueva generación es un pesar, un dolor, de que nunca van a encontrar lo que encontraron nuestros ancestros, nunca van a sentir esa libertad de la selva. ¿No la van a sentir! Se pierde el contacto con la vida. Se pidió la vida, porque la selva para nosotros es eso.

Como vemos este sufrimiento no fue solo en el ámbito familiar sino especialmente colectivo y comunitario. Los efectos económicos de los accidentes fueron notables, en un 93% ocasionando pobreza, y destrucción de chacras en un 87%. Así nos lo cuenta una mujer mestiza de Coca:

Pag. 58 Antes había producción de animales y cultivos. Se podía vivir. Había café y a veces no se avanzaba a cosechar, producía demasiado. Pero desde que empezó a regarse el petróleo, el café se secaba y el cacao se ponía negro, los animales empezaron a morir.

El equipo de investigación midió el grado de afectación por la actividad petrolera de Texaco, creó el índice de exposición acumulada, teniendo en cuenta la existencia de pozos, piscinas, mecheros, aguas de formación y otros desechos petrolíferos y además consideró el grado de afectación en función de accidentes. Esto determinó las características de la contaminación petrolera de las instalaciones de Texaco.

El estudio también incurre en la afectación al medio ambiente, el condicionamiento de sus prácticas en la caza, pesca y alimentación, así como los accidentes en la naturaleza, la familia o la comunidad. A mayor percepción de daño en el medio ambiente, mayor es la percepción negativa de las condiciones de salud personal y familiar. Leyendo la información relativa a impactos en la salud se me ponía la piel de gallina, ahora mismo me de escalofrió, tengo el corazón hecho puñete y un nudo en la garganta. Como mujer el impacto en la salud materno-infantil me

impresionó mucho y me conmovió hasta las entrañas. La investigación da cuenta de que el número de abortos por familia aumenta a mayor grado de exposición. Una mujer mestiza de Coca relata:

Pag 91: *Yo quiero dar un testimonio de lo que sufrí en carne propia. Yo perdí dos niños, estuve dos veces embarazada. Por haber lavado en el estero, que estaba corriendo petróleo, a los 4 días empecé a ponerme mal y todo el cuerpo encogida y con mareos. A los 3 días tuve un aborto...El médico me dijo Sra ud está padeciendo de una consecuencia grave, usted vive seguramente cerca de un pozo, está bañándose en agua contaminada, por eso pierde a sus niños. La última vez que aborté, fuimos 5, yo y 4 vecinas en el mismo mes, era época en que el estero estaba contaminado todos los días con químicos y petróleo, eso fue en el año 1979.*

Frente a toda esta mala práctica petrolera, Las Palabras de la Selva nos cuentan cual fue la actuación de la compañía Texaco, nos hablan de se vivía un clima de inseguridad, que vivieron experiencias de violencia, amenazas, actitudes de discriminación hacia la población y que el personal tenía una conducta hostil hacia la población. En sus palabras, la gente relata que había trabajo forzado para las mujeres y resultan muy impresionantes, dolorosos y desgarradores todos los testimonios que hacen referencia a la violencia sexual:

Pag 125 *Luego de que su esposo murió se la llevaron para que trabaje como prostituta en el campamento de Texaco. La llevaron aproximadamente 3 años por diferentes campamentos.*

Su hermana fue violada cuando tenía 13 años, en 1972 aproximadamente en Santa Cecilia, en un Recinto más arriba de Dureno.

Cuando tenía 8 años fui testigo de la violación de la Sra Marina, en la orilla del río. Me asusté porque pensé que la iban a matar y ví como entre algunos hombres la cogieron de las piernas y los brazos, la desvistieron y la violaron entre aproximadamente 10 hombres. Me asusté muchísimo y salí corriendo mientras lloraba.

Que historia tan dolorosa....tan traumática! Les confieso que este viaje retrospectivo me ha resultado cuesta arriba, a más de hacerme revivir momentos

impresionantes, me ha hecho retomar conciencia del enorme impacto socioambiental, psicosocial que sufre la población que vive en esa área, que era selva, antes de que llegue Texaco.

Les aseguro que Las Palabras de la Selva me han estado retumbando en la cabeza, me han puesto una vez más frente a las contradicciones que hay en la región Amazónica ecuatoriana. Las Palabras nos hablan de una zona riquísima en biodiversidad, que muestra tasas de deforestación y contaminación alarmantes, destrucción y desatención que dan lugar a los índices de pobreza más elevados del país. Hablamos de la zona que mayores divisas genera para el país sin embargo, dónde los gobiernos han tenido olvidados, postergados, desatendidos tanto a la población como a la naturaleza. Hablamos de empresas que manejan capitales inimaginables y, supuestamente, manejan tecnología de punta, sin embargo, podemos constatar las atrocidades sociales y ambientales que cometieron.

Todo esto genera desasosiego y las preguntas surgen una tras otra ¿Cuántas investigaciones se han hecho y han demostrado que la contaminación y la afectación de la gente son indiscutibles? ¿Cuántas investigaciones más se necesitan? ¿Cuántas denuncias más, tendrá que hacer la gente para se respeten sus derechos, sus tierras, su selva, sus vidas? ¿Cuántas hectáreas más de selva serán destruidas por la explotación petrolera? ¿Cuántos años más habrá que esperar para que las áreas afectadas se reparen? “La justicia tarda pero llega”, se suele decir, es de esperar que estos resultados permitan que la justicia, que ya ha tardado bastante, finalmente llegue.

Esta Marea Negra en la Amazonía plantea la urgencia de dar inicio a una propuesta postpetrolera que no genere más traumas socioambientales, que no se sustente otra actividad extractiva, en la minería,. Ojalá avancemos en la construcción de una propuesta renovada, como la que nos plantea la Constitución de Montecristi y guiados por los principios del Buen Vivir, tengamos como prioridad el bienestar de la gente y los derechos de la naturaleza.

Anamaría Varea

Quito, 29 de abril de 2009